

El género y su génesis heterosexual

Jesús Ezau Cortes Bautista
Antropología social
jesus.cortesba@alumno.buap.mx

El pensamiento heterosexual es incapaz de concebir una cultura, una sociedad, en la que la heterosexualidad no ordenara no sólo todas las relaciones humanas, sino su producción de conceptos al mismo tiempo que todos los procesos que escapan a la conciencia.

Monique Wittig

EL GÉNERO COMO SÍMBOLO

La categoría analítica de género retomada de la medicina y aplicada por las/los académicas/os y activistas feministas de las ciencias sociales para el análisis de la subordinación social y la opresión de las mujeres, ha venido para desnaturalizar lo que la medicina y las ciencias exactas han dado por sentado como determinación de lo real y lo material. La década de 1980 ha reflejado el incesante trabajo intelectual y político de una ola feminista que intentó posicionar e instalar en las academias el papel central de la construcción cultural del dato biológico (Torres, 20). Este trabajo arduo de las y los académicos ha puesto en tela de juicio el prestigio de *las ciencias* médicas, ciencias que postulan aun, que el sexo es inmutable y es el fundamento mismo para la división de los roles sexuales entre mujeres y hombres, que además justifica la superioridad de un sexo sobre el otro, ya sea por fisionomía, por fuerza, por la capacidad de gestar, por un supuesto intelecto mayor, hasta caer en la reproducción cultural e ideológica de la valoración excesiva del pene y los humores¹, por la aparente endoculturación de los hombres y la desatada e incontrolable naturaleza de las mujeres, etc. Para suerte y éxito de las ciencias sociales y para el malestar de muchos otros, cuando hablamos de género significa volver a revisar críticamente y replantear los cimientos científico-sociales sobre los que nos hemos construido la aparente naturaleza de los cuerpos y los planos ideológicos donde descansan los atributos que determinan qué es una mujer y qué es un hombre. La antropología, que es desde donde se circunscribe este trabajo, ha demostrado empíricamente que las diferencias atribuidas a cada sexo son

1 Cuando hablamos de humores hacemos referencia a los fluidos corporales. Léase “El esperma y la sangre. En torno algunas teorías antiguas sobre su génesis y relaciones” en *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* Vol. II. Françoise Héritier.

realmente culturales y no naturales, estas diferencias habrían de ser tomadas en cuenta desde sus contextos geográficos, además de variar respecto a lapsos de tiempo específicos.

Así, el género ha facilitado la comprensión de las bases en las que se recrean las relaciones entre hombres y mujeres, relaciones desiguales que se fundan sobre la diferencia sexual, esta categoría nos ha ayudado a denunciar y combatir la opresión de las mujeres. De modo que el género puede entenderse también como un orden simbólico, con el que damos sentido y coherencia al ordenar el mundo en el que vivimos, decía Levi Strauss que todo ser humano clasifica y lo hace en pares binarios opuestos, género (masculino-femenino) y sexo (macho-hembra). La división sexual en pares binarios que además se contraponen uno al otro, al menos en la cultura occidental, se ha dotado de naturaleza y reproducido como inmutable y trans-histórico.

Para iniciar es importante responder qué es lo simbólico, para Gilberto Giménez es, “el conjunto de hechos simbólicos presentes en la sociedad. O, más precisamente, como la organización social del sentido, como pautas de significados históricamente transmitidos y encarnados en forma simbólica, en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias” (Giménez, 66). El género, entonces es una forma simbólica que genera expresiones, artefactos, acciones, jerarquías y hasta sujetos. Porque el género organiza el sentido con pautas transmitidas históricamente “que no se agotan en su función de signo, sino que abarca también la significación que los sujetos hacen de él para actuar sobre el mundo y transformarlo en función de sus intereses” (71). Nuestra categoría va a organizar, modelar y conferir sentido a las prácticas sociales de hombres y mujeres a través de la *performatividad* como dice Butler, que además se encarnan para comunicar lo que se es, o lo que se quiere o desea ser.

Según Víctor Turner “un símbolo es una cosa de la que por general consenso se piensa que tipifica naturalmente o representa o recuerda algo, ya sea por la posesión de cualidades análogas, ya sea por asociación de hecho o pensamiento” (Turner, 21-53). El género como símbolo definidor, además dicotómico de lo masculino y femenino, está consensuado por la sociedad, o sea,

hay un acuerdo mutuo entre los sujetos de un determinado contexto, para definir cómo es, cómo se ve y cómo debe ser un hombre y una mujer, además de acordar los atributos físicos y el comportamiento social que deben reprimirse o resaltarse según el sexo, porque de lo contrario se transgrediría lo que aparentemente es natural, te vuelves ininteligible para el resto de la sociedad. Siempre, para el régimen del sexo y por tanto, para la heterosexualidad naturalizada, tu cuerpo debe ser coherente con tus prácticas, con tu deseo erótico y con tu género, de lo contrario estás fuera de la ley heterosexual y fuera de la lectura binaria que exige que seas leído a facilidad entre un sujeto masculino y otro femenino.

Butler lo llama la matriz cultural,² que va a regir las representaciones sociales de los géneros inteligibles y su sentir-pensar como identidad. De esta manera el género dentro de su calidad de símbolo con significado, necesita ser interpretado para poder ser explicado dentro de su determinado contexto. Cuerpo – sexo – género – deseo, deben tener coherencia para recibir el estatus legal y moral de permisividad social que evidentemente desemboca en la heterosexualidad obligatoria y por lo tanto naturalizada.

EL GÉNERO COMO DESIGUALDAD SOCIAL Y LA SITUACIÓN FEMENINA

Los símbolos son un vehículo de significados que también llevamos insertados en nuestros cuerpos, entendiendo que el significado proviene de la simbolización del género lo que podría llamarse también la performatividad del género. Dentro de nuestro orden simbólico, la división del mundo en géneros clasifica las significaciones o significados en función del sexo y los humores, además jerarquiza el orden social subordinando lo femenino. Con esto, me gustaría situar la diferencia sexual convertida en desigualdad social, al mismo nivel que los símbolos dentro de nuestras culturas. Lo femenino como categoría simbólica además de estar subordinado no solo en el sexo (vulva) sino también, en la construcción social de las feminidades, tal es el caso de masculinidades femeninas, transexuales o transgéneros, que pueden ser oprimidas y desdibujadas de la vida social a partir del orden simbólico del género hegemónico heterosexual (Hombre/ Mujer – Pene/Vulva). Pensemos en María y Eva de la tradición cristiana, ambas fungen

como símbolos de mujer y de feminidad, que ubican a las mujeres entre la pureza y la contaminación, entre los mitos de luz y oscuridad, entre premio y castigo, ejemplos de lo que son y deben ser las mujeres, su comportamiento deseado y el castigo asignado.

Por tanto, para Monique Wittig, las mujeres tienen que abstraerse de la definición de «la-mujer» que les es impuesta por los otros, para desdibujar la subordinación femenina y, sobre todo, acabar con el régimen heterosexual que las mantiene como madresposas. Nos dice que lo que constituye a una mujer “es una relación social específica con un hombre, una relación que hemos llamado servidumbre, una relación que implica obligaciones personales, físicas y económicas [...] trabajos domésticos, deberes conyugales, producción ilimitada de hijos, etc” (Wittig, 43). Para terminar, proponiendo a la lesbiana como un ser castrado, un eunuco, que preexiste al género y que rompe con el orden social y simbólico de hombre-mujer.

¿Por qué retomo esto? Porque para Wittig el seguir denominándose los gays y las lesbianas como “hombres y mujeres” contribuye al sostenimiento de la heterosexualidad, que como sabemos es un régimen económico y político en el que se intercambian mujeres, se suprimen feminidades y cuerpos feminizados. Además de caer en cuenta de que la heterosexualidad como habitus, “es un proceso por el que lo social se interioriza como prácticas dando a la conducta humana esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción”, (Canclini, 26).

HABITUS HETEROSEXUAL Y SU VIOLENCIA SIMBÓLICA

Así también, el habitus heterosexual siguiendo a Canclini, “es un sistema de disposiciones durable y transponible que estructura el comportamiento” (26) de cada persona (hombre-mujer) y cada grupo (lo masculino-lo femenino) y garantiza su coherencia dentro del marco binario del género y su inteligibilidad dentro de la matriz heterosexual. De esta forma podemos entender el habitus de la heterosexualidad como violencia, porque como dice Marta Lamas:

Mediante el género se ha «naturalizado» la heterosexualidad, excluyendo a la homosexualidad de una valoración simbólica equivalentemente aceptable. Aunque en nuestra cultura de facto

2 Es mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género. Léase “Identidad, sexo y la metafísica de la sustancia”. En El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Judith Butler, 2007.

se acepte la homosexualidad, el deseo homosexual queda fuera de la lógica del género y tiene un estatuto (simbólico, moral y jurídico) diferente al de la heterosexualidad: está fuera de la ley. (38-39)

Así dentro de la heterosexualidad, como dice Bourdieu “la dominación masculina tiene todas las condiciones para su pleno ejercicio” (27). Porque no sólo subordina, sino que clasifica y jerarquiza en función de sexos, donde lo masculino tiene todo lo apremiante y si este orden simbólico parece natural es porque es un habitus, esta forma de experiencia es la forma más absoluta de reconocimiento de la legitimidad. No hay cabida para su desnaturalización, interrogación o relativización, porque además se basa en la diferencia anatómica sexual de los cuerpos, cuya justificación y base ha encontrado en las ciencias médicas de anatomía y biología. De manera que el género aprendido como ordenador de la vida social simbólica y como habitus, queda interiorizado en la conciencia e inconsciente de los individuos como algo “natural” e incuestionable. A lo que Bourdieu ha llamado la violencia simbólica.

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador [...] cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, para imaginar la relación que tiene con él, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto. (28)

CONCLUSIONES

Me gustaría ir cerrando este breve ensayo retomando a Bourdieu y sus anotaciones sobre los movimientos de gays y lesbianas, que además las retomo como sexualidades excéntricas (tomando como ejemplo el modelo de Rubyn) que están fuera o rompen con las categorías binarias de la matriz cultural. Dicho autor nos dice que el movimiento de estos colectivos y su

producción teórica es una revuelta contra la violencia simbólica que se cuestiona el orden simbólico vigente y cuestionan los fundamentos de dicho orden y cómo podrían subvertirlo. Como ya he mencionado, el orden simbólico del género suprime lo femenino, no solo en los sexos sexuados con vulva, sino en las construcciones femeninas de cuerpos e identidades, a esto dice Bourdieu, los homosexuales son una monstruosidad y más aún los homosexuales pasivos (penetrados) son la doble abominación (85).

La forma especial de dominación simbólica que sufren los homosexuales, afectados por un estigma que, [...] se impone a través de los actos colectivos de categorización [...] negativamente marcadas, y a partir de ahí unos grupos, unas categorías sociales estigmatizadas. (Bourdieu, 85)

Los hombres homosexuales y las mujeres lesbianas al desafiar el sistema sexo/género de sus contextos, son transgresores de la “naturaleza”, escapan a las periferias del reconocimiento legal del Estado heterosexual, porque sus prácticas sexuales no se pueden incluir dentro del discurso médico legal de una heterosexualidad naturalizada. “La opresión entendida como «invisibilización» se traduce en un rechazo de la existencia legítima y pública, es decir, conocida y reconocida, especialmente por el derecho” (85). Ya lo dijo Lamas, *el homosexual esta fuera de la ley*. Mientras que como dijo Monique Wittig *las lesbianas no son mujeres*.

REFERENCIAS

- * Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Editorial Anagrama. S. A. Barcelona. pp. 27-85.
- * Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós. pp. 72-98.
- * García, Canclini, N. (1990). *Introducción de “Sociología y Cultura” de Pierre Bourdieu*. Editorial Grijalbo, S. A. México. P
- * Giménez, Gilberto, (2005). “*La concepción simbólica de la cultura*”, en Gilberto Giménez Montiel, *Teoría y análisis de la cultura*, volumen uno, edición CONACULTA e ICOCULT, México.
- * Lamas, M. (1995). “*Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género*”. En *Revista de estudios de género: La ventana*. Número 1. Pp. 38-39.
- * Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos*, Siglo veintiuno de España editores, Madrid.

- * Torres, C. (1996). *Debatir y reinventarnos*. En Lamas, M. (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Miguel Ángel Porrúa-Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, México, pp. 20.
- * Wittig, Monique. (1992). *El pensamiento heterosexual*. En *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Editorial EGALES, S.L. 2006. Madrid. Pp. 45-58.
- * Wittig, Monique, 1992, *No se nace mujer*. en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Editorial EGALES, S.L. 2006. Madrid. Pp. 31-44.